

guerra entre España y Francia, haciendo ventajosas condiciones á las provincias flamencas que quisieran incorporarse á la liga para recobrar su libertad. Y al mismo tiempo un embajador extraordinario era enviado por el ministro francés, previa consulta con el nuncio Mazarino, á proponer á los príncipes de Italia otra liga ofensiva y defensiva contra la casa de Austria. El infatigable ministro cardenal tomó activas disposiciones para poner en pie un ejército de ciento treinta mil infantes y veinte y dos mil caballos. Al amago de tan terrible tempestad el primer ministro de Felipe IV. de España hizo tambien esfuerzos extraordinarios para levantar tropas, y en union con los ministros del imperio negociaba en todas las córtes para ver de traerlas á su partido, ó por lo menos apartarlas de la confederacion con Francia, y que siquiera permaneciesen neutrales.

Pero las córtes de España y de Viena no pudieron evitar que la guerra continuára con furor en Alemania, ni que se encendiera de nuevo en los Países Bajos, de donde Richelieu se lisonjeaba no tardaria en arrojar á los españoles; nombró el monarca francés los generales que habian de obrar en la Valtelina y en Italia, y por último, furioso Richelieu con la sorpresa de Tréveris que hicieron los españoles, á cuyo elector llevaron prisionero á la ciudadela de Amberes, determinó declarar en toda forma la guerra á España, mandó reunirse en Mezieres el ejército que al mando

de los mariscales de Chatillon y De Brezé se habia de juntar con el de la república de Holanda, y el cardenal infante de España, gobernador de Flandes, designó para mandar el ejército español al príncipe Tomás de Saboya (mayo, 1635). Dióse la sangrienta batalla de Avenne, en que quedaron derrotados los españoles, y reunidos luego los dos mariscales franceses con el príncipe de Orange en Maestrick, sin fuerzas el cardenal infante para poder resistirles, acometieron los confederados á Tirlémont, la entraron, degollaron, incendiaron, y permitieron á la brutal soldadesca cometer toda clase de abominaciones.

El rey Luis XIII. de Francia publicó un manifiesto, é hicieronle circular sus generales por los dominios españoles, en el cual declaraba los motivos que habia tenido para tomar las armas; entre ellas señalaba la invasion de los españoles en la Valtelina, la infraccion del tratado de Monzon, las empresas contra el ducado de Saboya, la opresion del de Mantua, las intrigas de los embajadores de España para dividir la familia real francesa, el ultraje hecho al elector de Tréveris, y otros varios. A este manifiesto respondió la córte de España con otro, en que se hacian severísimas inculpaciones al cardenal de Richelieu, y se atribuian á su ambicion y á sus intrigas las desgracias de toda Europa. Volvíanse cargos por cargos, acriminábase la conducta del francés, pero las invectivas se dirigian principalmente contra su minis-

tro Richelieu, dejándose ver en el encono que se mostraba contra el ministro cardenal ser obra del conde-duque de Olivares.

La guerra en los Países Bajos no fué favorable á los franceses y holandeses, á pesar de las muchas fuerzas que entre unos y otros reunian, merced á la prudencia y al tino con que supo conducirse el cardenal infante don Fernando. Tampoco les era próspera en Alemania, donde ademas de haberse apartado de la liga algunos príncipes protestantes, como el duque de Sajonia, se vió el general francés obligado, por falta de alimento para sus tropas, á repasar el Rhin, perseguido por los imperiales, y á volverse á Francia, como ya lo habia verificado desde Flandes el mariscal de Chatillon. Tampoco descansaban las armas en la Lorena, favoreciendo al duque Carlos los franceses, á su competidor los imperiales y españoles. Al mismo tiempo trabajaba activamente Richelieu por comprometer de nuevo á las potencias y príncipes italianos en una liga contra España y Austria, haciéndoles lisonjeras promesas; pero negáronsele los unos y se le escusaron los otros, y solamente se le adhirieron los duques de Saboya y de Parma; aquél con el objeto de indemnizarse de los gastos de la guerra de Génova y de cobrar la suma que le debian los franceses por la cesion de la plaza de Pignerol; éste por quejas que tenia de la dureza con que le trataba el español duque de Feria, gobernador de Milan. Cuando el de Milan vió la declaracion de guerra

que el de Parma hacia á la nacion española, exclamó en tono burlesco y sarcástico: «*El rey de Parma declara la guerra al duque de España.*» De los príncipes alemanes, á quienes con el propio objeto y con iguales promesas intentó ganar Richelieu, solo logró atraer al duque de Weymar, á condicion de mantener contra el emperador doce mil hombres de infantería alemana y seis mil caballos.

Franceses, italianos, alemanes y españoles peleaban en el Milanesado y la Valtelina, con éxito vario, y tomándose y quitándose mutuamente plazas. Pasóse asi todo el resto del año 1635, siendo el mas notable resultado de esta campaña que los franceses quedáran apoderados de la Valtelina, despues de haber derrotado en sangriento combate á los españoles encerrados en Morbegno y mandados por el conde de Cerebellon (9 de noviembre, 1635).

No satisfecho con esta victoria el infatigable y orgulloso Richelieu, el mas importuno y tenaz enemigo de la casa de Austria, inspiró al rey Luis un nuevo plan general de guerra, que abarcaba, á escepcion de Flandes en que determinó estar solo á la defensiva, los estados de la Alemania, de la Alsacia, de Milan, de Parma, de la Valtelina, del Franco-Condado, y hasta de las islas de Lerins, de que en 1635 se habia apoderado una flota española. Hízose en efecto la guerra en todos estos países á un tiempo (1636). Pero si bien las armas francesas consiguieron algunos

triumfos en Italia, y hubiérase visto en peligro el Milanesado, cuyo gobierno se acababa de dar al marqués de Leganés, si le hubiera ayudado con mas decision el duque de Saboya, en cuyos intereses no entraba que domináran los franceses aquel pais, en cambio los imperiales y españoles penetraron en la Picardía, tomaron importantes plazas y ciudades, é hicieron tales progresos que pusieron en inquietud y alarma la capital misma del reino francés. Aun en Italia recogieron los españoles algunos laureles, y no fué escasa la gloria que cupo á don Martin de Aragon por la habilidad y el talento con que triunfó en la famosa batalla del Tesino (junio, 1636) contra mucho mayor número de franceses.

Tal era la consternacion en París, que todos se prestaron y obedecieron á replicar á una de aquellas providencias que solo se toman cuando amenaza un peligro inminente al Estado. Para salvar la ciudad, é impedir que los imperiales y españoles pasáran el Oise dispuso formar arrebatadamente un ejército, alistando á todos los que fueran capaces de tomar las armas, sin distincion de clases, estados ni condiciones: los nobles, los retirados y otros que no tenian empleo habian de presentarse al mariscal de La Force en el término de veinte y cuatro horas; los exentos de contribuciones habian de concurrir montados y armados; los artesanos y mercaderes contribuirían para los gastos de la guerra, y se mandó retirar las barcas del

Oise y fortificar los puentes. Para formar un cuerpo de caballería discurrió y ordenó Richelieu que se tomara un caballo de cada tiro de coche, y que los lacayos y cocheros se hicieran soldados. Por fortuna para la poblacion de París, en el consejo de los generales de España y del imperio prevaleció el dictámen de no atacar la ciudad, por el peligro que habia en acometer una poblacion grande cuyas fuerzas se ignoraban, dejando todavía á la espalda plazas enemigas. Entretuviéronse en tomar algunos otros fuertes y en correr el pais. Con esto dieron tiempo á Richelieu, que se hallaba tan indignado como temeroso, para que hiciera salir de la inaccion al príncipe de Orange, gefe de las tropas holandesas, y para que él mismo juntara un ejército de treinta y cinco mil hombres, que al mando del duque de Orleans salió á contener los españoles (agosto, 1636).

Retiráronse éstos de las cercanías del Oise y de la Somme, dejando una guarnicion de poco mas de tres mil hombres en Corbie. Estos valerosos españoles estuvieron por espacio de tres meses bloqueados y sitiados por cuarenta mil franceses, animados con la presencia del mismo rey. La peste diezmó el ejército sitiador, pero muertos tambien ó enfermos muchos de los sitiados, abierta una ancha brecha en la plaza, sin municiones y sin esperanza de socorro, aquellos valientes hicieron una honrosísima capitulacion, y salieron con sus armas y bagages, banderas desplega-

das y tambor batiente, teniendo los vencedores que suministrarles carros para conducir sus enfermos, sus heridos y sus bagages (14 de noviembre, 1636).

En Alemania la lucha del emperador y de los españoles contra los suecos y los protestantes del imperio germánico habia seguido sin ninguno de aquellos grandes hechos de armas que merecen especial mencion, y sin que los rebeldes lograran reponerse de sus derrotas anteriores. Pudo por tanto el emperador Fernando convocar la dieta en Ratisbona para investir á su hijo mayor de la dignidad de rey de romanos. Los electores estuvieron de acuerdo en este punto, y en su virtud la dieta reconoció como rey de romanos (2 de diciembre, 1636) á Fernando Ernesto, rey de Hungría, primogénito del emperador, que á poco tiempo sucedió en el imperio á su padre con el nombre de Fernando III ⁽¹⁾.

Por lo que hace á los estados de Flandes, regidos

(1) Luden, Historia del Pueblo Aleman, reinado de Fernando II.—Botta, Storia d'Italia.—Nani, Historia de la República de Venecia.—Le Clerc, Vida del cardenal de Richelieu.—Id. Historia de las Provincias Unidas de los Países Bajos.—Soto y Aguilar, Epitome del reinado de Felipe IV. ad. ann.—Sismondi, Historia de los Franceses.—Schiller, Guerra de los Treinta años.—Malvezzi, Historia de los principales sucesos, etc.—Memorias de Richelieu.—Girardot de Noseroy, Historia de los diez años del Franco-Condado, de 1632 á 1642.—Francia engañada, Francia responsable, por Gerardo Hispano Caller.—Sucesos de las armas de España y del Imperio en Francia, por Alonso Perez. Biblioteca de Salazar. MS. J. 85. n. 38.—Discurso del conde de la Roca, embajador de España en Venecia, á aquella república: Venecia 13 de noviembre, 1632: Primer papel dado por el conde de la Roca al Senado veneto sobre la invasion de la Valtelina. Tomo de papeles varios de este reinado.—Relacion del rey de Francia sobre el rompimiento de la guerra contra el rey de España: 1635. Ibid.

por la infanta de España Isabel Clara Eugenia desde la muerte del archiduque Alberto su esposo, ya indicamos cuán en peligro habia dejado aquellos países la marcha del marqués Ambrosio de Espínola destinado á la guerra de la Valtelina (1629). El conde de Berg, sucesor de Espínola en el mando del ejército, dejó perder ignominiosamente algunas plazas en los Países Bajos. Mas no fué esto lo peor; sino que habiendo la archiduquesa gobernadora, cansada de tantas revoluciones y deseosa de vivir en paz, hecho cesion de aquellos estados en favor del rey de España su sobrino, al cual de todos modos habian de volver en su dia con arreglo á la cláusula de trasmision de Felipe II. no teniendo sucesion la infanta, el mismo conde de Berg entró en una conjuracion de flamencos para sacudir el dominio de España (1632), y estuvo ya á punto de perderse todo. Pues aunque se reemplazó al conde de Berg con el marqués de Santa Cruz, que al efecto fué llamado de Italia, y aunque acudió de Alemania en socorro de la infanta gobernadora el conde de Oppenheim con veinte mil hombres, este general fué torpemente vencido por el príncipe de Orange delante de Maestrick; perdióse esta importante plaza, y tras ellas otras, teniendo que volverse el de Oppenheim á Alemania, y habiendo necesidad de relevar al de Santa Cruz, que mas dado á los placeres que á las cosas de la guerra, habia sido simple espectador de la derrota de los auxiliares alemanes.

Cometióse entonces el extraño desacierto de encomendar las fuerzas á cuatro generales, que alternaban en el mando de ellas semanalmente. Compréndese desde luego el embarazo que semejante medida produciría. Todo era descalabros y pérdidas en aquel tiempo. Una escuadra de noventa velas que á costa de sacrificios se armó y envió entre Holanda y Zelanda fué enteramente destrozada por los holandeses con toda la gente que iba en la tripulacion, apresadas las mas de las naves y echado el resto de ellas á pique. Estos fueron los desgraciados momentos que con su acostumbrada falta de tino escogió la córte de España para proponer tratos de paz á los holandeses, tratos que, como apuntamos mas arriba, frustró y deshizo con sus intrigas el constante enemigo de España cardenal de Richelieu, apoderándose entretanto el príncipe de Orange de la fuerte plaza de Rhinberg. Murió á poco de esto la prudente y virtuosa gobernadora de los Países Bajos, la archiduquesa ^é santa de España Isabel Clara Eugenia (1633), uniéndose provisionalmente el gobierno del país y el mando de las armas el marqués de Aytona, el cual entró en negociaciones con el príncipe Gaston Orleans y con la reina María de Médicis, que se habian acogido á Flandes huyendo de la enemiga y de la persecucion de Richelieu: negociaciones que no produjeron sino nuevos compromisos, porque el de Orleans, uno de los hombres mas pífidos de su siglo, estaba manteniendo al mismo tiempo tra-

tos con el general español y la córte de Madrid y con el ministro francés.

Hacíase necesario y urgente, si no habian de acabar de perderse los Países Bajos, enviar allá un hombre de calidad, de representacion y de prestigio, que enderezára las cosas de la guerra y del gobierno, y todas las miradas se fijaron en el infante don Fernando, hermano menor del rey, cardenal y arzobispo de Toledo desde muy niño, virey que habia sido algun tiempo en Cataluña, y despues en Italia, en cuyos cargos habia dado pruebas de habilidad, prudencia y otras escelentes prendas y calidades de gobierno. Entraba tambien en el interes del receloso conde-duque de Olivares, como ya en otra parte indicamos, apartar del lado del rey y tener lejos á su hermano el cardenal infante, único que le quedaba, habiendo fallecido de temprana muerte don Carlos. Por otra parte el ánimo levantado y el genio belicoso del jóven cardenal le inclinaba mas á los negocios de la guerra y de la política que á las pacíficas ocupaciones de la iglesia, á que sin voluntad propia le habian destinado. Con que asi se hizo el nombramiento á gusto de todos (1634), contribuyendo los celos mismos del conde-duque á que el príncipe, para quien habia pensado en la tiara, resultara haber nacido para ser un consumado general y un político y gobernador hábil. Nombrado pues el cardenal infante gobernador y capitán general de los Países Bajos, juntó en Italia un regular ejército,

formado de lo que podremos llamar el resto de aquellos antiguos tercios españoles que tanto asombraron á Europa y tanta gloria dieron á España, con el cual y con generales escogidos se puso en marcha tomando el camino de Flandes.

Entonces fué cuando á la mitad de su camino fué llamado por el rey de Hungría para que acudiese á Alemania en ayuda de los imperiales que sitiaban á Norlinga y se veían amenazados del ejército sueco. El infante español pasó despues á Bruselas orlado con los laureles de Norlinga, y allí tuvo que hacer frente á la liga ofensiva y defensiva entre franceses y holandeses que se firmó en París (1635), y cuyo principal fin era arrojar enteramente de los Países Bajos á los españoles. De aquí la declaracion formal de guerra que mandó hacer por escrito Luis XIII.^o de Francia al cardenal infante en Bruselas por medio de un heraldo, cuyo escrito arrojó el general gobernador á la calle, haciendo despues fijar una copia de él en una viga á cien pasos de la puerta de una iglesia. De la guerra que á consecuencia de esta declaracion sostuvo el gobernador español de Flandes, ayudado del príncipe Tomás de Saboya, contra la Francia, llevándola al corazón del reino francés hasta amenazar y poner en consternacion, cuando no en inmediato peligro, á París (1636), hemos dado cuenta mas arriba, tan sumariamente como la necesidad de narrar otros importantes acontecimientos nos lo permite.

En este período, lo mismo que en el que comprendimos en el anterior capítulo, no cesaban de molestar numerosas naves holandesas las costas de nuestros dominios en Asia y en Africa, y muy especialmente en las posesiones portuguesas sujetas á la corona de Castilla, y asaltándolas y estragándolas aquellos mercaderes republicanos por sí mismos, ya escitando á los reyes bárbaros tributarios de España á que sacudiesen el yugo de nuestra dominacion, llegando á veces á arrojarse sobre los católicos y degollarlos con ruda ferocidad. Los portugueses de Ceilan tuvieron que sufrir un penosísimo y horroroso sitio para librarse de los habitantes de la isla alzados contra ellos por instigacion de aquella gente, y hubieran sucumbido á los horrores del hambre que los obligaba ya á alimentarse de carne humana, si el virey de Goa no hubiera enviado en su socorro al valeroso capitán Jorge de Almeida, que hizo tremolar de nuevo el estandarte español en los muelles de la isla. De este modo y ejerciendo la piratería contra las flotas españolas y portuguesas que venian con el dinero de la India, era como los holandeses hostilizaban á España en los mares, durante las guerras de Italia, de Alemania, de Francia y de los Países Bajos que acabamos de reseñar (4).

(4) Soto y Aguilar, Epítome, ad ann.—«Progresos y entrada de Su Alteza el señor infante cardenal en Picardía, y la retirada del ejército de Francia y sus coligados del estado de Milan, etc.» Papel impreso en 1536: tomo 27 de la Coleccion de Córtes y Fueros. Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Quevedo: Lince de Italia.—Calmet, Hist. eclesiástica y civil de Lorena.—Hugo, Hist. MS. del duque Carlos IV.